



## LA CONSPIRACIÓN MILITAR DE 1936 EN CANARIAS

SALVADOR GONZÁLEZ VÁZQUEZ

## 1. LA TRAMA GOLPISTA

Antes de ser destinado a Canarias, el General Franco, acompañado de otros militares relevantes, participó en varias reuniones clandestinas. Historiadores como J. Aróstegui, J. Arrarás o B. Bolloten coinciden en la certeza de su celebración. Y, si bien existen discrepancias entre los autores sobre las fechas y los asistentes, está demostrado que su objetivo principal fue establecer las causas que provocarían un levantamiento militar y bosquejar algunas pautas de comportamiento si el alzamiento se consumaba.

Bolloten<sup>1</sup>, citando al historiador Felipe Bertrán Guell, revela como acordado en aquellas reuniones el propósito de rebelarse en armas:

«... en caso de que las circunstancias lo hicieran necesario, como se presumía fácilmente por aquel entonces... para una acción defensiva de España, si como se temía por la marcha de las cosas, se producía una situación de gravísimo peligro para la patria...».

No obstante, en estas reuniones previas a su marcha a Canarias, Franco recomendó a sus compañeros de armas no organizar impulsivamente un pronunciamiento hasta comprobar cómo se conducía Azaña en el manejo del gobierno frentepopulista.

La vía clandestina de la conspiración entrañaba un riesgo elevado. Para hacer frente a semejante empresa el General entendía que el ejército no poseía de momento la cohesión necesaria; en su opinión, estaba «dividido moralmente»<sup>2</sup>. A la altura de marzo de



1936, Franco no hacía sino continuar en el terreno militar la postura mantenida en el campo político por su anterior ministro de la Guerra, J. M. Gil Robles, que el 6 de Marzo declaraba:

«... El triunfo electoral de las izquierdas es un hecho y a él hay que plegarse. Nuestro partido no variará su táctica, ni piensa remotamente en soluciones de fuerza. Sabe ganar y sabe perder...»<sup>3</sup>.

Pero, si bien en los conciliábulos del mes de marzo se desechó momentáneamente emprender una trama golpista, se acordó intervenir en el caso de que la crisis del estado empeorara, o si alguna guarnición aislada iniciaba un alzamiento en armas. Franco, aún sin involucrarse en ninguna conjuración, mantuvo contactos y dispuso los preparativos necesarios para secundar cualquier operativo en curso, máxime, cuando el General era pesimista respecto a que se enmendara la crítica situación social del país<sup>4</sup>.

Franco se hizo cargo de su destino en Canarias en el mes de marzo de 1936. Según el testimonio del republicano tinerfeño Tomás Quintero Espinosa, desde la llegada del nuevo Comandante General a Tenerife, los edificios militares sirvieron de sede a la conspiración, en la que no sólo participaron mandos del ejército, sino también destacados miembros de la derecha canaria:

«... Es bien sabido que Franco no perdió el tiempo. Inmediatamente después de su llegada comenzó a preparar su campaña. Se rodeó de los elementos más reaccionarios del país, recibía constantes visitas del exterior y despachaba emisarios, celebrando continuas reuniones no sólo con sus compañeros de profesión, sino también con los más significados miembros de derechas...»<sup>5</sup>.

Sus subordinados se sumaron decididamente a los preparativos. Domingo Navarro, testigo y actor en estos hechos, lo revela al referirse a las actividades del General Orgaz:

«... al posesionarse Azaña del poder como primera providencia desterró a Las Palmas al General Orgaz y nombró Comandante General de Canarias al general Franco... y entonces con más alma continuó Orgaz su conspiración...»<sup>6</sup>.



La decisión de la burguesía española de seguir la vía del pronunciamiento la podemos reconocer en las palabras del dirigente conservador Gil-Robles, al advertir en la sesión parlamentaria del 15 de abril sobre la quiebra de la táctica accidentalista que propugnaba la CEDA:

«... tendremos que volvernos a nuestras masas para decirles: dentro de la legalidad no tenéis protección, porque la ley no cuenta con el amparo del gobierno, que es la suprema garantía de la ciudadanía: en nuestro partido no os podemos defender...»<sup>7</sup>.

Unas semanas más tarde, el General Franco renunció a sus aspiraciones al acta de diputado por Cuenca, en la segunda ronda de las votaciones celebradas en mayo de 1936. Una vez que se ha descartado la oportunidad de acceder al gobierno de la II República mediante sufragio, no sirve de nada que Franco gane un escaño en la segunda vuelta, más importante se considera la labor que a favor de los mismos intereses desarrolle en el seno del ejército, preparando un golpe de estado que permitiera alcanzar un poder que solventase la amenaza de una revolución a medio, o largo plazo.

Víctor Zurita, redactor-jefe del diario tinerfeño «La Tarde», recogiendo confidencias de colaboradores y opiniones del mismo Franco, escribía lo siguiente:

«... Creyeron algunos amigos que por la falta de una misión militar de importancia... sería más útil que trabajase en los proyectos específicos de la defensa nacional que pensaban abordar la Cortes... prefirió desistir... Había perdido además su fe en las instituciones democráticas. *“Cuando los fondos de las organizaciones obreras —dijo (Franco)— se dedican al soborno político, a la compra de armas y municiones y a la contrata de pistoleros y asesinos, la democracia representada por el sufragio universal ha dejado de existir.”* Franco se apercebía —continúa Zurita— de que no había otro camino que actuar, y de que dada su significación dentro del ejército no debía rehusar su personal concurso...»<sup>8</sup>

A principios del mes de mayo de 1936, el militar estaba persuadido de que no existía más vía que la intervención del ejército para reconducir los derroteros que tomaba el país.



Sin embargo, el cauteloso general no estuvo dispuesto a empeñarse en un pronunciamiento precipitado, sin garantías de éxito. Franco sabía que una conjura militar contra el gobierno carecería de la conformidad de gran parte del estamento castrense. Después de cinco años de República y tras la remoción de mandos militares que ordenó Azaña para dismantelar la estructura jerárquica patrocinada por Gil Robles y el mismo Franco, el ejército español estaba desprovisto del atributo esencial de la unidad. Por esta causa, las relaciones con la trama dirigida por Mola fueron ambiguas, así como tardía su incorporación definitiva en el mes de junio. Antes que alzarse en armas contra el gobierno prefería que el gobierno, constitucionalmente, convocase el ejército para restablecer el orden social. Esta medida sortearía el impedimento de la División interna de los militares, siendo el resultado el mismo. A esta aspiración obedeció su carta al primer ministro Casares Quiroga, que no es otra cosa sino un ofrecimiento al ejecutivo de permanecer dentro del marco republicano, si el gobierno proclamaba el estado de guerra y contaba con las Fuerzas Armadas para prevenir el riesgo de revolución. Víctor Zurita, analizando la conducta del militar, comenta lo siguiente:

«... se trata de un documento sensacional que demuestra el error de una política que contando con la lealtad bien demostrada del ejército, no vacila en indisponerlo con la República... Franco colaboró siempre con lealtad, incluso desde el puesto más destacado, como el de jefe del Estado Mayor Central. Hasta última hora no escatimó sus advertencias y favorables disposiciones, y sólo actuó para poner coto a la labor desespañolizante cuando se convenció de que no existía otro camino expédito para los verdaderos patriotas...»<sup>9</sup>.

Anulada esta posibilidad para la falta de respuesta del presidente del gobierno, no había otra solución que actuar saltándose la legalidad, es decir, dando un golpe de estado. No obstante, Franco era consciente de que en el ejército persistían las desidencias respecto a esta draconiana alternativa. Hacía falta un acontecimiento que aglutinara voluntades en torno al movimiento militar. Poco tiempo antes de consumarse la sublevación, Franco vertía la siguiente opinión:

«... Hay muchos generales en España que están atentos al rumbo nacional... estamos a falta de mártires...»<sup>10</sup>.



El general Mola coincidía con los planteamientos del comandante general de Canarias. El 1 de julio comentaba con preocupación que a estas alturas no se había «llegado todavía al grado de exaltación necesario para obtener una victoria decisiva... no ha podido producirse, porque hay insensatos que creen posible la convivencia con los representantes de las masas que mediatiza el Frente Popular...»<sup>11</sup>.

El crimen de Calvo Sotelo fue el impulso definitivo a la conspiración. EL asesinato del líder más representativo de la oposición parlamentaria deshizo las reservas de muchos de los que disintían de la opción golpista. La violenta desaparición de Calvo-Sotelo sembró la convicción entre los que estaban en desacuerdo con los derroteros republicanos, de que no había más salida que la de reducir violentamente a los partidarios del Frente Popular.

Así lo comentó el general Francisco Franco según el testimonio que nos aporta la obra de Víctor Zurita:

«... Cuando se enteró con todos los pormenores de la magnitud del acontecimiento... me dijo escuetamente:

— ¡La Patria ya cuenta con un mártir!

Entonces por primera vez y a pesar de su absoluto hermetismo pude advertir en su semblante... que una decisión formal e irrefrendable había hallado nido seguro en su esforzado corazón...»<sup>12</sup>

## 2. EL GOLPE DE ESTADO

Franco tuvo tres líneas de actuación. La primera fue la planificación del golpe a escala nacional.

### *a) Las comunicaciones*

Requisito indispensable fue coordinarse con el resto de los implicados. Para ello necesitaba continuos enlaces. J. Arrarás comenta que Mola se decidió a dirigir la conspiración el 19 de abril, días después de haber fracasado una intentona prevista en Madrid.



«... Mola se pone en relación con los generales Franco, Orgaz, González Carrasco, Saliquet, Rodríguez del Barrio, Ponte y Varela, a quienes por medio de enlaces o de cartas muy someras, les informa de sus trabajos...»<sup>13</sup>.

Al otro extremo geográfico del hilo conspirador, Franco se encontró con problemas y soluciones similares:

«... En aquellos días el general recibía mucha correspondencia... algunas de las cartas que llegaban a su poder, traían una combinación secreta de palabras, y Franco las descifra personalmente, con gran paciencia, haciendo uso de una pequeña libreta que llevaba en todo momento en el bolsillo de la guerrera. Leída por otra persona, era una epístola vulgar y corriente. Pero en siete u ocho palabras estaba la clave. Para contestar usaba el mismo sistema y hasta en la conferencias radiotelefónicas que sostenía con la península, utilizaba igual combinación de palabras...»<sup>14</sup>.

Domingo Navarro, entrevistado por Juan Padrón Melián, juzga que hubo un momento en que Canarias fue centro de la conspiración. En esta etapa, en todos los aviones procedentes de España llegaban cartas para los conjurados.

#### *b) Los planes de Franco*

Los planes de los insurgentes en Canarias son conocidos. Estaban encaminados a lograr que Franco pudiera saltar al norte de África para hacerse cargo de las tropas coloniales allí acantonadas. Una vez en el continente, con la colaboración de la marina de guerra cruzarían el estrecho de Gibraltar para desembarcar el ejército expedicionario en el sur de la península, punto de partida de la carrera hacia Madrid. La Directiva para Marruecos firmada por Mola contenía las siguientes órdenes de estricto cumplimiento para los cómplices en el Protectorado:

«... ha de procurarse por todos los medios organizar dos columnas mixtas sobre base de la Legión... que desembarcarán respectivamente en Málaga y Algeciras... solicitará la colaboración de la escuadra... La marcha de las columnas una

vez desembarcadas ha de ser rápida, y sobre Madrid, procurando durante el avance, arrastrar todas las fuerzas cívicas, simpatizantes con el movimiento salvador de la Patria...»<sup>15</sup>.

Vadear el Estrecho era el punto débil de los planes trazados por los conjurados. A principios del mes de mayo, el grueso de la escuadra de guerra española llegó a S/C Tenerife. Aunque en su momento fue negado por los protagonistas<sup>16</sup>, tanto partidarios como detractores del alzamiento militar coinciden en señalar que la entrevista que sostuvieron el jefe de la armada, Almirante Salas, y el general Franco sirvió para planear el cruce del Estrecho de Gibraltar por el ejército de Africa.

Joaquín Arrarás, historiador profranquista, comenta lo siguiente:

«... Respecto a la participación de la escuadra, las impresiones no eran buenas, y de la cooperación que presentarían los barcos trataron Franco y el almirante Salas durante una visita de la escuadra a Canarias...»<sup>17</sup>

Quintero Espinosa da idea del ambiente que reinaba entre los militares al comentar el escaso recato de los conspiradores en ocultar su animadversión hacia las instituciones. Así, en los agasajos que se le ofrecieron a la armada con motivo de su visita, se gritaron consignas que en aquella coyuntura eran propias de los enemigos del régimen republicano:

«... Al finalizar el acto habló el general Franco que terminó su alocución con un Viva España y un Arriba España que fueron coreados por muchos de los asistentes, mientras que las autoridades republicanas contestaron, a su vez, con un Viva España y Viva la República. Según manifestaron después los invitados republicanos, era la primera vez que escuchaban el nuevo vitor de Arriba España en sustitución del Viva la República y, como es lógico, les produjo una desagradable impresión que acentuó la desconfianza ya tan despierta por tan extraños manejos...»<sup>18</sup>

Según testimonian personajes cercanos a la figura del general, Franco consideraba poco asegurado el concurso de la marina de guerra. Incluso ya tenía previstas otras alternativas. Luis Bolín





cuenta cómo Franco le expone una de esas posibilidades, consciente de la dificultad de la empresa que ha iniciado:

«...Tan negro fue el cuadro, dice, que pintó ante mis ojos, que acabé por preguntarle si podríamos vencer...». Franco le contestó: «... En último caso nos iríamos a los montes y desde allí desarrollaríamos esa guerra de guerrillas en la que nuestros soldados no tienen igual...»<sup>19</sup>

La orografía de Marruecos, así como el conocimiento del terreno y la preparación de las tropas legionarias y regulares destacadas en el Protectorado, hacen verosímiles las palabras de Franco. Pero ese sería el último recurso. No es de extrañar que el general español tuviera concertado ya el auxilio de potencias extranjeras, para la contingencia de que la flota de guerra no se presentase a la cita con los sublevados en el Estrecho. Concretamente, se sabe de las conferencias habidas entre Franco y los cónsules italiano, alemán e inglés en Canarias. Más tarde sus países salvarían del trance a las tropas rebeldes taponadas en el lado africano del Estrecho. Fueron aviones Saboya-Marchetti italianos y Junkers alemanes los que trasladaron las tropas destacadas en el Protectorado a la península. Fueron las presiones italianas las que impidieron que la flota gubernamental pudiese repostar en Tánger y ahí bloquear el paso a los sublevados. Y fue la condescendencia británica la que permitió las referidas iniciativas en apoyo de Franco. En aquellos momentos, las principales potencias europeas coincidían en su deseo de implantar en España un gobierno conservador; en consecuencia, independientemente de su régimen político, tanto Inglaterra, como Alemania e Italia convergieron en el apoyo a la sedición en España. Después vendrían las tensiones de cariz imperialista que transformarían la postura inglesa frente a un régimen franquista proclive al Pacto de Acero. Winston Churchill describió esta evolución al exponer las razones por las que apoyó a Franco en los primeros momentos y cambio en las estribaciones de la II Guerra Mundial:

«... Franco tiene la justicia de su lado porque ama a su país. Además está defendiendo a Europa del peligro comunista —si se quiere en estos términos. Pero, yo soy inglés, y prefiero el triunfo de la causa injusta, porque Franco podría ser una traba

o una amenaza para los intereses británicos, y los otros no...»<sup>20</sup>

Del último de estos contactos, en las horas previas a la partida del militar desde el aeropuerto de Gando, nos da cuenta uno de los cómplices de la sublevación:

«...Aquella noche (17 de Julio) vi por primera vez a su lado al Cónsul general de Italia en Las Palmas, Don Ruguero Martini Marchi, portador seguramente de alguna importante misión. Tal a lo menos presentí, ya que pasados unos minutos procuré despedirme, temeroso de que mi presencia resultase inoportuna. Franco, Orgaz y el Cónsul quedaron solos conversando...»<sup>21</sup>

El Dragon Rapide permitió continuar los contactos con potencias extranjeras. Cumplida la misión de trasladar al general golpista de Canarias a Marruecos, el piloto inglés Bebb realizó varios servicios más transportando figuras de la derecha española implicadas en la sublevación. Sus destinos finales fueron Alemania e Italia. Entre estos pasajeros de relieve figuró el líder monárquico Goicoechea. Enviado por Mola, su misión fue renovar los contactos mantenidos con altos cargos del gobierno italiano desde 1934. El político alfonsoino intercedió ante el Conde Ciano para que Italia suministrase el material que tan urgentemente necesitaba el movimiento militar si quería avivar la sublevación. El siguiente párrafo extraído del informe sobre dicha embajada elaborado por el ejército nacional refuta la versión de que Franco ya tenía suscritos desde Canarias acuerdos con el gobierno italiano.

«... el general Mola, conocedor del pacto suscrito en 31 de marzo de 1934 por el señor Goicoechea con Mussolini creía que la única persona con autoridad cerca del Duce para obtener el concurso anhelado era el propio señor Goicoechea... el conde Ciano había esperado con prudencia bien natural que la persona con quién se había tratado en aquella fecha hiciese cerca del gobierno italiano acto de presencia, *contentándose con mantener contacto con los dirigentes del Ejército de Africa a través del cónsul de Italia en Tanger...*»<sup>22</sup>.





La intervención de estas potencias fue decisiva para el curso de la contienda, pues la sublevación pudo haber quedado abortada en ese momento crítico. La trascendencia de la arribada a la península de legionarios y regulares es reconocida por el director de la conspiración en sus instrucciones para Marruecos:

«... Que inmediatamente ha de procederse al embarque y traslado de las fuerzas a los puntos indicados, en inteligencia que se tiene la casi seguridad absoluta de que este sólo hecho será suficiente para que el gobierno se de por vencido...»<sup>23</sup>

Sin embargo, las previsiones del General Mola fallaron parcialmente por un exceso de optimismo que le llevó a errar en la facilidad con que sería depuesto el gobierno. La realidad de lo que ocurrió la deja en sus justos términos el corresponsal de guerra americano Frank L. Kluckhohn, que también advirtió la importancia del cruce del estrecho y así lo destacó a sus lectores del New York Times Magazine:

«... A partir de que el general Franco consiguió que llegaran a España estos miles de soldados, la aventura militar que estaba fracasando lentamente en el sur y se estaba estancando en el Norte, se convirtió en un movimiento renaciente...»<sup>24</sup>

### c) *El periplo*

Pero para que Franco asumiera directamente el mando del ejército colonial africano tenía que cubrir el trayecto que separaba S/C Tenerife de Tetuán. Víctor Zurita relata este aspecto, bastante conocido, del complot antirrepublicano:

«... Una vez dispuestos los elementos militares y políticos con que contaba, en contacto con algunos jefes de las divisiones orgánicas del ejército y con los almirantes y oficialidad de la escuadra, decidió prepararlo todo para colocarse al frente de las tropas de Africa... para dirigirse con ellas a España haciendo un desembarco. Pero antes había que salir de Canarias...»<sup>25</sup>.

Los distintos procedimientos estudiados por los protagonistas los revela también el mismo autor:

«... Primeramente, estudió los itinerarios de las líneas de vapores que hacían escala en Tenerife y pudieran dejarlo en África. Pero después de un detenido examen fue rechazado este medio de transportes que por su tardanza podría dar lugar a serias contingencias. No había otros caminos que los del aire... Y a la busca de esos elementos y a la preparación de esta ruta dirigió sus esfuerzos el general Franco...»<sup>26</sup>

Al final se contrató un avión de una compañía inglesa, pilotado y tripulado por ingleses. Inglesa fue la entidad bancaria a través de la cual se financió el viaje, e ingleses fueron los contactos que mantuvieron informado a Franco de los detalles de la operación. Por último, fue una «alta personalidad extranjera», la que, al concebir sospechas el gobernador civil de Las Palmas, evitó las complicaciones que ello podía conllevar<sup>27</sup>.

Franco había solicitado permiso en el mes de junio para visitar las guarniciones de Las Palmas y comprobar sobre el terreno la viabilidad de efectuar el traslado a África desde el aeropuerto de Gando. Una vez verificada la posibilidad de utilizar el aeropuerto grancanario como trampolín quedó ultimada la combinación para que Franco alcanzase el Norte de África. Se pediría un nuevo permiso a la superioridad para poder desplazarse a Gran Canaria. Más tarde, la muerte del General Balmes facilitaría un oportuno pretexto que evitaría sospechas. El viaje desde S/C de Tenerife se realizaría en un barco de línea que hiciera ese trayecto con regularidad. El general iría acompañado de una fuerte escolta. Una vez en Las Palmas y llegado el momento, volaría al continente en el bimotor que estaba aguardándole.

#### *d) Canarias reserva de los nacionales*

Los planes de los rebeldes también incluían hacer de Canarias una retaguardia proveedora de hombres y recursos materiales.

En la conversación con Luis Bolín anteriormente reseñada, Franco expresaba sus previsiones sobre el desenvolvimiento de la lucha ya desencadenada:





«... La guerra durará más de lo que muchos piensan, pero al final la victoria será nuestra...»<sup>28</sup>

En esta línea, investigaciones publicadas recientemente aportan la certeza de que Franco retrasó deliberadamente la victoria de los nacionales con el propósito de alargar la contienda para pacificar el país más profundamente y para afianzar de manera indiscutible su liderazgo y la del proyecto de nuevo estado que representaba<sup>29</sup>.

Si Franco quería una guerra y no un pronunciamiento, precisaba disponer de una retaguardia que surtiese las necesidades de un ejército involucrado en una conflagración prolongada. Lo primero que requería el ejército rebelde eran hombres que reforzasen sus filas. En este sentido, entre las primeras medidas tomadas en Canarias por las autoridades emanadas del Movimiento estuvo la de llamar a filas a las quintas de 1934 y de 1935. En los momentos iniciales de la lucha, la situación era precaria para el General Franco, ya que sólo contaba con los 15.000 ó 20.000 soldados del ejército colonial, cuyos efectivos sufrirían una considerable merma en su avance hacia Madrid. La rebelión en Andalucía sólo dominaba algunos núcleos dispersos, por lo que, en realidad, Canarias y Marruecos fueron las únicas bases seguras de aprovisionamiento. El testimonio de Víctor Zurita deja constancia de la participación de los canarios en los primeros combates:

«... Sucesivamente fueron embarcando para la Península fuerzas regulares y milicias. En casi todas las acciones del Ejército del Sur intervinieron tropas canarias...»<sup>30</sup>

De las urgencias del general dice claramente el que el 80% de los voluntarios que se presentaron en los momentos inmediatos al levantamiento fueran enviados al frente.

Alrededor del primer semestre de 1937, Zurita, seguramente con datos bastante exactos por ser facilitados por la Comandancia Militar de Tenerife, calcula en unos seis mil los tinerfeños enviados a la península y en otros tantos los que habrían partido de Las Palmas de Gran Canaria. Estos datos no difieren mucho de un informe elaborado por anarcosindicalistas fechado el 3 de abril de 1937. Dicho documento estima en unos 18.000 los canarios embarcados, si bien, éstos contabilizan los contingentes provenientes de las islas menores<sup>31</sup>.

Aunque no se aporten cifras concretas, las frecuentes referencias contenidas en la obra de Zurita dejan entrever que las bajas sufridas entre los expedicionarios fueron cuantiosas:

«... Y Canarias, la provincia más alejada del corazón de la patria, no tardó en alzarse y ofrecer sus brazos y su sangre a la causa que encarnaba el glorioso caudillo... y así los milicianos isleños que lucharon por España en Flandes y en Extremadura, en Filipinas y en Cuba, en los lejanos continentes y en los procelosos mares, dieron de nuevo su esfuerzo y su vida por ella...»<sup>32</sup>

En la misma obra Zurita recoge un artículo de un periódico cordobés. Los expresivos términos empleados parecen despejar cualquier duda respecto a esta interpretación:

«... Muchachos morenos que nacieron en las islas que están sembradas en el mar colombino han venido a la península a regar con su sangre noble los campos de la España grande...»<sup>33</sup>

Por último, el informe anarcosindicalista señalado, fiable en muchos aspectos, dice lo siguiente refiriéndose al ejército:

«... mostrándose poco dispuesto a salir para el frente, por el gran número de bajas habidas entre las tropas que han salido de estas islas...».

En el aspecto económico también la contribución del Archipiélago a la causa franquista fue considerable. Parte de la producción agraria, incluida la producción platanera, iba dirigida a la España controlada por los nacionales.

Asimismo, las donaciones voluntarias de los sectores sociales más beneficiados por el golpe militar fueron cuantiosas. Junto a las aportaciones generosas de los partidarios del alzamiento, existen otras que no se pueden calificar de voluntarias en medio de un régimen de terror, «en el que no caben neutrales», como fue el que se implantó en Canarias. El dossier anarcosindicalista anteriormente reseñado juzga entre otras causas, la escasez de dinero que padece Canarias es producida «por las continuas sangrías que sufre el pue-





blo en forma de suscripciones, plato único, etc... a las que no se puede negar su aportación...».

Canarias también se convirtió en plataforma imprescindible para el suministro de fuel al ejército nacional. La refinería de Santa Cruz recibía 30.000 toneladas mensuales de petróleo provenientes de Oriente Medio. Una vez procesado el crudo, la gasolina era transportada cada diez o quince días a la Península. Según los informes anarcosindicalistas, estos aprovisionamientos eran «la base absoluta de la movilidad del ejército rebelde motorizado»<sup>34</sup>.

### 3. CANARIAS BAJO CONTROL

Un segundo apartado, fue planear el triunfo del golpe de estado en Canarias.

#### a) *El Ejército*

En el plano militar, parecen descartarse disensiones relevantes en la guarnición destacada en el Archipiélago. De la unanimidad que aparentemente guardó el ejército a la hora de secundar los planes de su Comandante General es buena muestra la reunión de mandos militares en La Esperanza. El Coronel Teódulo González Peral puede darnos con su descripción una idea del ambiente reinante entre la oficialidad y los mandos destinados en Canarias:

«... No se pronunciaron discursos, no se cambiaron promesas; no existía, pues, de hecho, una conjuración. Y, sin embargo, la atmósfera que nos envolvía, cargada de fluido patriótico, de afecto por el hombre, que pese a su hermetismo, presentíamos el caudillo de aquella única hora, hizo que al disgregarnos marchase con nosotros el convencimiento íntimo y pleno de que no tardaríamos en cumplir un honroso deber. Al terminar aquel acto, sin cruzarnos palabras, todos in mente nos juramentamos, haciendo en nuestros corazones la ofrenda de nuestras vidas al caudillo elegido...»<sup>35</sup>

Temido o admirado, quizás ambas cosas a la vez, lo cierto es que el general Franco logró la adhesión de la práctica totalidad de la oficialidad destinada en Canarias. No obstante, aparte de los rumo-

res sobre las objeciones del general Balmes, hubo algunas, aunque muy escasas excepciones. Así, el capitán Jacinto Vega Benavente informó a los partidos republicanos del Frente Popular de las dificultades insuperables de la sublevación en sus primeros pasos, incitándolos a que apuntillaran la insurgencia. Sin embargo, las defecciones más importantes se dieron entre los soldados y los suboficiales que integraron conciliábulos anarquistas, con el propósito de dar golpes de mano en cuarteles insulares<sup>36</sup>.

La táctica seguida por el golpe militar en Canarias fue hacerse sin dilaciones con el control de las localidades más importantes. Asegurado el dominio de sus guarniciones, estas tropas extenderían la autoridad de los rebeldes por el resto del territorio, pacificando aquellos núcleos que ofrecieran resistencia. La sucesión de los hechos queda establecida de la siguiente manera: a las cinco de la madrugada se proclama el estado de guerra y se ocupan los lugares estratégicos de las capitales. A las dos horas acuden a partrecharse los primeros voluntarios, que inmediatamente son trasladados a las poblaciones del interior. A media mañana empiezan a circular camiones cargados con los primeros detenidos.

#### *b) La Falange*

Para controlar la población del territorio, junto con las fuerzas de la guarnición destacadas en el archipiélago, contó con la utilización de los elementos adictos del país.

Desde que Franco emprendió los preparativos del golpe de estado, pretendió encuadrar el apoyo civil en unidades que pudieran colaborar en la consecución del éxito. Síntomas de este entendimiento lo encontramos en los momentos previos a la sublevación. A las ya referidas visitas civiles que acogían los organismos militares de la isla, se añadió el desplazamiento que el Comandante general realizó a La Orotava con motivo de las fiestas del 1 de mayo. Esa ciudad del Norte de Tenerife reunía dos circunstancias que por la contradicción que entrañaban hicieron relevante este acontecimiento. Por un lado, era la sede de la burguesía agraria insular. En este sentido, el despliegue militar —a petición de los multifundistas locales—, fue una demostración a la clase propietaria de la capacidad del ejército para tomar una población donde el movimiento obrero era vigoroso. A la vez, era municipio de mayoría socialista,





donde el sindicato UGT estaba plenamente afianzado. Miguel Angel Cabrera opina que incidentes como este «pueden fácilmente ser interpretados como pruebas de fuerza o tanteos destinados a captar el estado de ánimo del movimiento obrero insular»<sup>37</sup>.

Incidente llamativo el del día del Corpus en La Orotava, por que además, según denunciaron los escritos de rechazo de numerosos ayuntamientos de las islas, medió una provocación. Quintero Espinosa lo comenta en su obra *La Guerra Fraticida*:

«... efectivos militares ocuparon la población, emplazando ametralladoras en las azoteas de algunas casas, en un alarde bélico sobre aquella ciudad de tradición socialista. Este nuevo hecho se consideró como una provocación inadmisible: paso a paso se estaba creando un clima de violencia con una concreta finalidad...»<sup>38</sup>.

Lo cierto es que, durante el recorrido, junto a la escolta formada por oficiales del ejército, se situó una de falangistas, cuyos jefes seguramente eran conocedores de que protegían al cabecilla de la sublevación en Canarias.

Juan del Castillo lo recoge en un artículo sobre el tema:

«... La escolta civil se ha redoblado con jóvenes falangistas de la centuria local...»<sup>39</sup>

Hay que reseñar que la Falange de estos momentos inmediatos al alzamiento era exponente de la burguesía agraria insular, pues la integraban jóvenes de la clase dominante. A medida que el proletariado se fortalecía y radicalizaba, la reacción de los sectores sociales privilegiados fue engrosar las filas de la Falange.

Los abundantes contactos con elementos civiles revirtieron en que, a las pocas horas de proclamarse el estado de guerra en S/C de Tenerife, y pese a las noticias adversas que para el golpe de estado transmitía la radio, la afluencia de voluntarios para recoger armas en Comandancia no cesó. De esta celeridad en la movilización se deduce que uno de los puntos acordados en la ejecución del pronunciamiento era, a la señal, concurrir a ser armados por el ejército y secundar el golpe militar en marcha. Andrés Chaves comenta estos primeros y confusos pasos iniciales de la sublevación:

«... en la puerta de la comandancia general empezaban a formarse corros de adolescentes, casi niños, con bigotes incipientes, ávidos de peleas...»<sup>40</sup>.

En los primeros momentos la aportación de estos voluntarios fue fundamental, coadyuvando decisivamente al triunfo del pronunciamiento en las Islas. Así por ejemplo, el contingente de falangistas que vigilaba el Gobierno Civil y que posteriormente entabló combate con los guardias de asalto que intentaron liberar a Vázquez Moro estaba formado por voluntarios, uno de los cuales falleció en la escaramuza. Su colaboración es agradecida por el comandante encargado de la operación:

«... antes de las dos horas siguientes comenzaron a presentarse en el cuartel, para ser alistados por el tiempo que duren las actuales circunstancias, muchachos jóvenes, pequeños en edad, si, algunos menores de 16 años, pero grandes verdaderos gigantes de corazón y patriotismo, a los que Santa Cruz debe hoy cuanto es y cuanto tiene...»<sup>41</sup>.

Pero no sólo fue en la capital; los colaboradores de la insurrección se desplazaron a otras localidades para imponer inmediatamente la autoridad de los sublevados. Andrés Chaves añade, recogiendo testimonios orales:

«... La comandancia general recibía, sin apenas tregua, a soldados voluntarios y falangistas que deseaban alistarse en las filas de Franco. Eran armados inmediatamente y destinados a los cuarteles de la isla. Había muchísima gente de bien entre ellos...»<sup>42</sup>

Una vez consolidado el golpe de estado en Canarias, dos fueron las funciones primordiales que ejercieron estas milicias.

La primera misión consistió en asegurar la retaguardia. Esta tarea conllevaba labores de represión, de vigilancia y de propaganda. El desempeño con eficacia de estas funciones liberó al ejército de permanecer en Canarias y permitió el envío de numerosas tropas a los distintos frentes peninsulares.





### *La Represión*

A principios de 1937, un informe anarcosindicalista para el mando republicano contabilizó unos 6.000 falangistas sumando sólo los alistados en las dos islas mayores. Los milicianos falangistas eran naturales del país, lo cual proporcionaba a su organización un perfecto conocimiento del territorio y de sus habitantes. Esta ventaja convertía a La Falange en la agrupación adecuada para ejecutar la represión. Y, en efecto, el organigrama de los rebeldes encomendó a los milicianos falangistas ser el brazo represor.

De la trascendencia que este apartado tiene en la concepción de los sublevados da muestra la autoridad gubernativa de la provincia tinerfeña para la que el principal cometido para «los que vivimos en la retaguardia... consiste principalmente en arrancar de raíz viejos vicios políticos y sistemas de tipo social...»<sup>43</sup>. Más tarde alude a la Falange para recomendarla, «por ser esta institución la base del estado español... asignándosele la “guardia permanente de los valores eternos de la Patria”»<sup>44</sup>.

Pero, si la Falange fue el brazo ejecutor de las represalias, la burguesía era la que dirigía las actividades de la falange y, en consecuencia, la represión. La burguesía vio amenazadas sus propiedades por la progresión del movimiento obrero durante la II República. En consecuencia, se aprestó a defenderse.

«... No se podía permitir que se amparase y fomentase el crimen desde el poder; que se organizaran las milicias del marxismo... que se hundiese sistemáticamente la economía del país y se preparase así una revolución societaria en la que forzosamente habían de sucumbir... las existencias mismas de miles de compatriotas...»<sup>45</sup>

Por esta causa incitó y apoyó a los militares sublevados y, una vez consumada la insurgencia, asumió la conducción de la maquinaria represiva.

«... Hora autoritaria y brusca en que se lesionarán intereses y se cometerán, quizás, inevitables injusticias, pero en la que habrían de salvarse la unidad y el sentido histórico de la patria...»<sup>46</sup>

Los componentes de las clases privilegiadas conocían los elementos de la población que, en su área de influencia, habían tenido una destacada actividad en agrupaciones de izquierda durante el periodo democrático. Miguel Angel Cabrera confirma que los miembros de la burguesía encuadradas en el partido Republicano Tinerfeño «de manera palpable en La Gomera, en El Hierro y en parte de la isla de Tenerife serán los encargados de planificar y dirigir la represión subsiguiente»<sup>47</sup>. Este comportamiento de las clases propietarias se puede hacer extensivo a la isla de La Palma, y es consecuencia del reparto de papeles de la rebelión. El ejército había cumplido con su parte al derribar el estado que no era capaz de frenar la progresión de las fuerzas obreras. Ahora, mientras las fuerzas armadas arrinconaban la República, la clase social perjudicada por el fortalecimiento del proletariado sería la encargada de eliminar el riesgo de que su status socio-económico volviese a ser atacado. Para el desempeño de este operativo se requería una amplia libertad de movimientos, que hiciera inapelables sus decisiones e impunes sus acciones. Las milicias de Falange dispusieron de un cuartel aparte en cada localidad de las islas, teniendo mandos independientes del resto de las fuerzas armadas con que contaba el bando nacionalista. La táctica seguida, en un primer momento, fue descabezar a los partidos políticos y a los sindicatos contrarios a sus intereses. En este saco entraban toda las agrupaciones que habían integrado o habían apoyado el Frente Popular. Seguidamente las represalias se dirigían a escarmentar a afiliados de menos relieves y a los simples simpatizantes. Todo esto contribuiría a crear un estado de terror capaz de paralizar cualquier reacción contra la autoridad de los sublevados. La eficacia de los medios seguidos por el aparato represivo del movimiento lo deja patente, el informe que los servicios de espionaje anarcosindicalistas realizaon a principios de 1937:

«... resulta muy comprometido dedicarse a actividad alguna sin correr el riesgo de ser apresado. Sólomente podría obtenerse algo eficaz con la ayuda del exterior o armando a estos elementos (los disconformes con el alzamiento militar)...»<sup>48</sup>.

El mismo documento estimaba en unas mil personas las ejecutadas o desaparecidas, enviando el siguiente estadillo sobre los centros de detención de la región:



1086	<i>Salvador González Vázquez</i>	
	— Almacenes Fyffes	1.200 encarcelados
	— La Laguna	200 encarcelados
TENERIFE	— Cárcel S/C Tenerife	250 encarcelados
	— La Orotava	200 encarcelados
	— Buques en el puerto	150 encarcelados
LAS PALMAS	— La Isleta	1.000 encarcelados
	— Cárcel Provincial	300 encarcelados



### *La vigilancia*

Los falangistas asumieron tareas de patrullaje en colaboración con los milicianos enrolados en Acción Ciudadana. Los recorridos disuasorios de las patrullas falangistas contribuyeron a hacer incontestable la autoridad emanada de la sublevación. La Falange también organizó batidas para capturar a los opositores que se internaron en los montes de las islas tras el golpe de estado. Para evitar la huida por mar de los mismos elementos, se realizaron continuados servicios por los litorales del Archipiélago que no lograron impedir algunas evasiones hacia las costas africanas.

La custodia del orden surgido del golpe militar también incluyó el desalojo de elementos con pasado izquierdista de cualquier institución, desde las educativas a las municipales pasando por las judiciales. En este sentido, la Falange fue designada para emitir informes tanto para la instrucción de expedientes depuradores, como para la admisión de individuos en cargos públicos.

### *La Propaganda*

La atención que se prestó a los medios de comunicación vino motivada por la conciencia que tenían los sublevados de que la libertad de expresión fue causa principal del extraordinario poder de captación de las organizaciones del movimiento obrero. Víctor Zurita es portavoz del sentir de la burguesía al reprochar el descuido de la República pequeño burguesa en este tema:

«... Los fatídicos hombres del Frente Popular que se proclamaron defensores de la República, la dejaron inerte. No supieron afianzarla creando una opinión sana y conteniendo las propagandas ilegales y las audacias del comunismo. Fomentaron la subversión antiespañola...»<sup>49</sup>

Si la represión tuvo la función de inutilizar la resistencia de los disconformes, la propaganda dirigió sus esfuerzos a la atracción de los sectores indecisos de la población. Los escritos y alocuciones de miembros de la Falange abarrotaron los periódicos y las emisiones de radio. Caravanas de vehículos integradas por sus milicianos recorrieron las islas improvisando mítines en cada parada. Los actos solemnes del tipo de procesiones y homenajes también menudearon y contaron con la participación de las vistosas escuadras de Falange.

La censura formó parte del mismo plan. Se vigiló con rigor todo tipo de publicaciones, se castigaron con dureza las expresiones verbales atentatorias contra el Movimiento Nacional y se prohibió terminantemente el seguimiento de medios de comunicación controlados por el enemigo.

### *Combatientes*

La segunda función de los voluntarios falangistas fue aportar hombres al ejército nacionalista. Este cuerpo de primera línea especialmente adiestrado, estaría compuesto por unos 1.000 hombres entre Gran Canaria y Tenerife<sup>50</sup>.

### *Comportamientos sociales*

El apresurado pero profundo análisis social del informe anarcosindicalista nos aporta datos para reconocer a los sectores sociales que se inscribieron en las milicias falangistas y las razones que tuvieron para tomar esa iniciativa.

En los instantes inmediatos a la proclamación del estado de guerra, los voluntarios que acudieron a alistarse provenían de los sectores sociales más entusiasmados con el golpe militar. La oportunidad de evitar la revolución hizo que los jóvenes de la *alta y pequeña burguesía* se unieran decididamente a la insurrección.





«... unos por simpatía ideológica, otros por miedo a aque sobreviniese algo que ellos temen más que el fascismo...»<sup>51</sup>.

Los pequeños propietarios identificaron la conservación de sus posesiones con el mantenimiento del orden social. Desde los inicios de la República, los terratenientes habían lanzado sus redes ideológicas sobre las capas de pequeños propietarios empleando el argumento decisivo de que la instauración del comunismo supondría la expropiación de sus escasas explotaciones.

Pequeños propietarios rurales y urbanos que, al contratar asalariados, tuvieron también ocasionales enfrentamientos con las organizaciones sindicales que protegían a sus empleados. Por todo ello, este sector de la pequeña burguesía colaboró con las clases dominantes en la lucha contra el movimiento obrero que defendía la II República.

La propaganda de los insurgentes iba dirigida a un sector extenso de la población que, sin estar de acuerdo con el devenir republicano, tampoco entendía el recurso a un golpe militar. La difusión del mensaje de los sublevados fue haciendo mella en los *indecisos*. Sus contenidos pretendían indignar a estos sectores con las maldades de la República y de sus defensores, recalando en tonos amenazadores que no existía la posibilidad de la neutralidad ante los acontecimientos que vía el país. En contraposición, la otra parte de su discurso vertía argumentos enaltecidos del ideario de los rebeldes: Orden, Patria, Religión, etc. El siguiente artículo periodístico es una muestra:

«... También ahora, en trance de sucumbir España por la fratricida traición de hijos perversos y desnaturalizados, el ejército español está escribiendo, con su heroísmo y con su exaltado espíritu de patriotas, las páginas más brillantes de su historial. ¡Salvar a España! ¡Arrancar a España de las garras del revolucionarismo internacional, para devolver esa misma España a la causa de la civilización...»<sup>52</sup>

Indudablemente, las campañas divulgadoras de los alzados tuvieron un alto grado de éxito, pues, junto a la inevitabilidad de los hechos consumados, consiguió que gran parte de este sector de la población, calificado de «tímido, indeciso o dubitativo», engrosara las filas de los adheridos a la insurgencia. El apresurado análisis



social de los anarcosindicalistas indica que, «por desgracia este grupo es el más numeroso» de los partidarios del alzamiento.

El tercer grupo al que alude el dossier anarcosindicalista es el de los *Noveleros*:

«... Un gran porcentaje de los voluntarios de Falange y ejército pertenecen a este grupo. Sólomente por lucir un uniforme se enrolan en la primera de dichas organizaciones. Este grupo es de esperar que darían un gran número de defecciones en caso de que se viese obligado a enfrentarse con otras fuerzas armadas...»<sup>53</sup>

Por último, nos encontramos con aquellos individuos que participaron durante el período republicano en *agrupaciones izquierdistas*. Al adquirir consistencia el movimiento deciden ingresar en sus milicias con el fin de evitar ser reprimidos por sus actividades pasadas. Según el mismo documento, «en este grupo se encuentra un gran número de afiliados a la C.N.T. y U.G.T. y partidos del Frente Popular».

Las instancias nacionalistas son conscientes de este trasvase, como denuncia el Gobernador Civil de Tenerife en el siguiente escrito:

«... dejar infiltrados en nuestras filas elementos que no tengan nuestra fé, equivale... a preparar una situación falsa para el porvenir. No basta un arrepentimiento ni suscribir el ingreso en nuestras instituciones ni atribuir a presiones de los que gobernaban los delitos cometidos. Esto sólo revela una infantil, cuando no repugnante habilidad para seguir viviendo...»<sup>54</sup>.

La revitalización del caciquismo que supuso el golpe de estado explica el considerable aflujo de voluntarios a las milicias falangistas. Quienes habían dominado un pueblo, una comarca o una sila en tiempos de la Restauración y que posteriormente habían visto asediado su dominio en el período republicano, volvían a ejercer ahora un poder indiscutido. Con ello se renovó la política de los favores, las presiones y el «estar a bien con el poderoso». Consecuencia de lo apuntado es que el sector de la población más próximo al radio de influencia del cacique le servía también con su reclutamiento en Acción Ciudadana o en Falange.



c) *Guardia Civil y Guardia de Asalto*

Las operaciones previstas por los golpistas debían encontrar el asentimiento de los cuerpos gubernativos. Si la Guardia Civil y la Guardia de Asalto se oponían al pronunciamiento podían ocasionar una resistencia preocupante para los sediciosos. Preocupante porque eran también cuerpos armados, bien pertrechados para el combate y lo que era más peligroso, capaces de aglutinar la resistencia a las intenciones de los sublevados.

En lo que se refiere a la capital tinerfeña, los golpistas no contaban con el apoyo de la guardia de asalto, aunque sí con el de la guardia civil. El testimonio del Comandante Moreno Ureña, encargado de tomar el gobierno civil, es revelador:

«... hago un rápido reconocimiento de las fachadas del gobierno civil y sus alrededores... son escasas las fuerzas que lo custodia o piensan defenderlo... Dedico toda mi atención a los guardias de asalto, por haberseme advertido oficialmente, que no opondrá resistencia la guardia civil...»<sup>55</sup>.

Horas antes, en la madrugada del 18 de julio, el gobernador civil de la provincia recibió la llamada del ministro de la gobernación. Al final de la conversación, Moles inquiere a Vázquez Moro sobre el partido tomado por la benemérita:

«... Tenga lista la Guardia de Asalto. ¿Puede contar con la Guardia Civil?  
— Creo que no, señor...»<sup>56</sup>

En lo que se refiere a Las Palmas, tanto la Guardia Civil, como la guardia de asalto se mantuvieron a las órdenes del gobierno republicano hasta las 9 horas del día 19. Domingo Navarro, actor en estos hechos, lo deja patente con su testimonio:

«... La Guardia de Asalto se pronunció contra el Movimiento, siendo desarmada... en unión de la Guardia Civil que había depuesto la actitud rebelde del principio, prestaron después eficaces servicios...»<sup>57</sup>.

La posición contraria al golpe de estado tomada por el Teniente Coronel Baráibar al mando de la guardia civil destacada en la isla no era esperada por los militares sublevados.

«... Por teléfono, desde el Gobierno militar, el general Franco habló con el Teniente-Coronel Baráibar para que se pusiera a sus órdenes; pero este se negó, desacatando las órdenes que en el mismo sentido le dio su coronel desde Tenerife... El teniente-Coronel Baráibar había sido perseguido por el Frente Popular y su conducta era honrada persiguiendo a los elementos extremistas. Por ello sorprendió su negativa a secundar el Movimiento...»<sup>58</sup>

En este apartado hay que incluir a la policía municipal de Las Palmas que intentó impedir la toma del ayuntamiento por las tropas sublevadas.

#### 4. LAS RESISTENCIAS

##### *a) Las autoridades republicanas*

En realidad, los institutos armados que permanecieron fieles al gobierno republicano estaban bajo las órdenes de los gobernadores civiles de las provincias canarias. Su comportamiento fue determinado por la dirección de ambos gobiernos civiles que entendieron que el éxito o el fracaso de la intentona militar no se dilucidaba en Canarias. Su esperanza era que el golpe fuera derrotado a escala nacional, para, una vez agotada la rebelión, detener a los conjurados y reimplantar la autoridad republicana. Para conseguir ese fin, Vázquez Moro y Boig Roix pretendieron que el despliegue del ejército no provocara como reacción una movilización violenta de las masas, que posteriormente sería muy difícil de reconducir. Recogiendo esta preocupación, el secretario del gobernador civil temió «al tener conocimiento del movimiento militar... que habría un día de luto en Tenerife porque las milicias socialistas se echarían a la calle y correría mucha sangre...»<sup>59</sup> Por lo tanto, desistieron de ofrecer cualquier resistencia armada que pudiese desencadenar un estallido social. Mientras falangistas y simpatizantes del alzamiento del ejército eran pertrechados y convertidos en fuerzas paramilitares a las órdenes de





la rebelión, los gobernadores civiles desecharon armar a las organizaciones de izquierda. El impulso que esta decisión proporcionó a los sublevados fue directamente proporcional a la desventaja que la táctica de las autoridades legales supuso para la defensa de la República.

Cuando el comandante encargado de tomar el gobierno civil se presentó a Vázquez Moro, este puso de manifiesto cual era su preocupación:

«... Comandante, diga a sus superiores que yo sólo he pretendido evitar un derramamiento de sangre... Yo he intentado a toda costa impedir una situación violenta...»<sup>60</sup>

Boig Roix, en un principio se negó con vehemencia a deponer la autoridad que le confería la legalidad,

«... Diga usted al General Franco —respondió el gobernador— que, en nombre del Gobierno de la República, se constituya preso en este Gobierno civil. Y dígame además lo que hago con su bando. Y lo hizo pedazos arrojándolo al suelo...»<sup>61</sup>

Sin embargo, rehuyó el choque con los soldados rebeldes. No desplegó los resortes coactivos que tenía a su disposición. Concentró las fuerzas armadas a sus órdenes en el edificio del gobierno civil y se reunió en el mismo centro con los dirigentes del Frente popular a la espera de que se produjera pronto el reflujó del movimiento castrense. Ni dio su consentimiento a la voladura del Hotel Madrid, en el que hacía noche Franco y su séquito, ni permitió que la guardia de asalto disparase desde la azotea del gobierno civil contra el general golpista, a pesar de que este estaba claramente dentro de su línea de tiro.

Las autoridades republicanas no aceptaron el riesgo de encender la chispa que hiciese saltar el enfrentamiento. Si ese choque se producía el gobierno republicano perdería un poder que se traspasaría a aquellas organizaciones que tomaron la iniciativa de luchar contra los golpistas. Por lo tanto, su actuación se orientó a impedir cualquier enfrentamiento, cualquier derramamiento de sangre que desencadenase un estallido social que hiciese irrecuperable el orden republicano.



A esta línea obedecen las infructuosas embajadas con las que los dos gobernadores intentaron convencer a los insurgentes para que depusieran su actitud.

En Tenerife, las cúpulas dirigentes de Unión Republicana e Izquierda Republicana intentaron entrevistarse con el Coronel Teófilo González Peral en dos ocasiones, sin que el militar fuese accesible a los políticos. Según el sumario abierto por los sublevados, la intención era «coaccionar a la autoridad Militar, y a pretexto de evitar el derramamiento de sangre, con el fin de que esta entregase el mando»<sup>62</sup>.

En Las Palmas, Boig Roix comisiona a Tomás Lozano Nebot para que intente disuadir a Franco. El resultado es el mismo que en la provincia vecina, al enviado del gobernador le es cerrado el paso antes de llegar a la presencia del general.

Las gestiones basadas en el diálogo fueron nulas. Mientras tanto, de la península continuaban llegando a través de los teléfonos, las radios y los telégrafos, noticias de que el movimiento militar estaba fracasando y sólo persistía momentáneamente en Africa, Baleares y Canarias. Víctor Zurita describe la importancia que tuvieron los medios de comunicación en aquellos momentos:

«En Canarias, algunos elementos oficiales y escasos sectores de opinión, se colocaron en actitud ambigua o torpe o francamente negativa, sólo por atender los cantos de sirena de la emisión que pudieramos llamar gubernamental... Las estaciones de radio que en diversas provincias se hallaban en poder de algunos organismos oficiales y que funcionaban sin otro control que el propio, fueron también elementos de confusión y ocasionaron víctimas... la radio y los teléfonos oficiales no dejaban de actuar en Madrid... y donde no arraigaban una convicción prendían una duda. “Se trata de una temeridad, de una locura.” “El levantamiento está fracasado.” “Las guarniciones no responden y la rebelión está circunscrita a Marruecos.” La repetición de tales noticias reforzadas con múltiples argumentos, hacían vacilar los ánimos más serenos...»<sup>63</sup>

Estas informaciones ocasionaban en la población en estado de agitación que amenazaba desbordarse. El republicano tinerfeño Tomás Quintero Espinosa nos ofrece esta imagen de los acontecimientos vividos:



«... Ya por la tarde, la ciudad presentaba otro aspecto; las calles se llenaban de público, en estado de indignación general, al conocer las noticias transmitidas desde Madrid. El temor parecía que se iba a confirmar: habría lucha y posiblemente sangrienta. En la calle, el público miraba con extrañeza y se leían en el semblante de las personas la ira contenida...»<sup>64</sup>

Lo que se pensaba en las delegaciones del gobierno en esos momentos lo expresa elocuentemente la frase escuchada al secretario personal de Vázquez Moro:

«... El movimiento militar está fracasando. Ojala no se produzcan choques armados. Hay que parar esto...»<sup>65</sup>

El testimonio de Quintero Espinosa nos sirve ahora para concretar más aún cuales eran los temores del secretario del gobernador civil:

«... Se temía que el fracaso de la sublevación llevara consigo, de momento, una reacción violenta de la organización sindicalista de la C.N.T. y, la lucha sangrienta, pudiera propagar un día de luto en Tenerife...»<sup>66</sup>

Se estaba produciendo el esperado reflujo del alzamiento militar, había llegado el momento de intervenir. Con los resortes coactivos de que disponían —guardia civil y de asalto, cuyos mandos estaban convocados en los respectivos despachos—, y en concierto con organizaciones de izquierda, —socialistas y comunistas en Las Palmas, anarquistas en Tenerife—, emprendieron una acción de riesgo controlado, para dar el golpe de gracia a una insurrección que estaba condenada a extinguirse. Que estaba bajo control lo demuestra que fueran los partidos republicanos y la guardia de asalto quienes auspiciaron y encabezaron las marchas. El objetivo era retomar el dominio de las respectivas provincias con la misma suavidad con que ellos lo habían cedido al iniciarse el pronunciamiento. La operación consistió en que las organizaciones de masas decididas a apoyar la República organizaran apresuradamente una manifestación desprovista de armas que convergiera en centros clave de las respectivas capitales provinciales. En el caso de Tenerife, la guardia de asalto encabezó la marcha con la intención de liberar al gobernador



civil y asumir inmediatamente el control de la situación. Recogiendo testimonios de testigos presenciales, Andrés Chaves hace una descripción ilustrativa de estos momentos cruciales en la capital tinerfeña:

«... Alfonso González Campos (Teniente de la Guardia de Asalto) pretendía evitar, con su presencia y la de sus guardias, que con un movimiento militar fracasado —según noticias de la radio— se produjera derramamiento de sangre en su ciudad, entre sus gentes. El tenía que defender el orden constitucional... Quizá intentara liberar a Vázquez Moro y obligar a los soldados a meterse en sus cuarteles, a la espera de clarificar la situación...»<sup>67</sup>

Horas antes, unas trescientas personas se congregaban frente a la comandancia militar de Las Palmas.

Se esperaba que ante las informaciones sobre el fracaso del golpe de estado, la desmoralización que debía cundir entre las fuerzas insurgentes hiciera que este empujón bastara para desbaratar la rebelión. Sin embargo, estos cálculos fallaron y la contundente actuación de las fuerzas sublevadas disolvió las manifestaciones y cortó de raíz ambas iniciativas. En Tenerife la guardia de asalto se reducida en las horas siguientes a los sucesos de la plaza de la Constitución. En Las Palmas, se disuelve a tiros la manifestación sobre el gobierno militar. Posteriormente, el general Orgaz rodea con baterías el Gobierno Civil y entra a parlamentar. A las nueve de la mañana del día 19 se rinde el gobernador civil y las cerca de doscientas personas que permanecían en su interior. El testimonio del Capitán Díaz Llanos recoge ese momento:

«... El propio gobernador civil cumplió con su deber al hacer constar que no hacía resistencia y que entregaba el mando ante el requerimiento de la fuerza armada...»<sup>68</sup>

Se deseaba evitar combates que derivaran en una espiral violenta. Además, desde el principio existió la conciencia de que, descartado recurrir al reparto de armas, sólo con los cuerpos gubernativos leales no era factible la defensa por la fuerza de la legalidad. Ambos argumentos hicieron que la idea de la resistencia a ultranza quedara desechada.



#### 4. CONCLUSIONES

La estancia del General Francisco Franco Bahamonde en Canarias fue debida a la remoción de altos mando del ejército dispuesta por Azaña para obstaculizar posibles conspiraciones militares. Esta fue la táctica a la que el gobierno de republicanos de izquierda recurrió durante todo su mandato. Pensaban que esta ronda de destinos bastarían para desalentar a los golpistas, sin tener que utilizar medidas de fuerza que podrían ser contraproducentes. Lo cierto, es que aunque pudo complicar la trama urdida por Franco y sus compañeros de armas, no bastó para detener el pronunciamiento militar. La sublevación, impulsada por unas clases conservadoras decididas a propiciar el levantamiento del ejército, tenía que intentarse. La burguesía estaba viendo las orejas al lobo de la revolución y no se mantuvo quieta. La intervención preventiva de las Fuerzas Armadas resguardó sus intereses.

Canarias no fue una excepción. La burguesía canaria estaba alarmada por las mismas cosas que la nacional. Su reacción al Alzamiento también fue de apoyo y colaboración.



NOTAS

1. Bolloten Burnett: *El gran engaño. La izquierda y su lucha por el poder en la zona republicana*. Editorial Luis de Caralt S.A. Barcelona, 1975.
2. G. Payne, Stanley: *El ejército, la república y el estallido de la Guerra Civil*. Incluido en Carr, Raymond: *Estudios sobre la república y la guerra civil española*. Sarpe. Madrid, 1985.
3. *El Debate*: 6 marzo 1936.
4. Zurita Soler, Víctor: *En Tenerife Planeo Franco el Movimiento Nacionalista*. Publicaciones de La Tarde. S/C Tenerife, 1937.
5. Quintero Espinosa, Tomás: *La Guerra Fraticida*, S/C Tenerife, 1978.
6. Padrón Melián, Juan: «¡España está Salvada! Cuando el Caudillo inició en Canarias el Glorioso Movimiento Nacional» *El Correo Español*, 7-12-1937.
7. Lleixa, Joaquín: La trama civil de la sublevación del 18 de julio. *La conspiración contra la República*. Colección la guerra civil, n.º 3. Historia 16. Madrid, 1986.
8. Zurita Soler, Víctor: *op. cit.*, el subrayado es nuestro.
9. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
10. *Ibidem*.
11. Bolloten Burnett: *La Guerra Civil Española. Revolución y Contrarrevolución*. Pág. 94. Alianza Editorial, Madrid, 1989.
12. *Op. cit.*
13. Arrarás, J: *Historia de la segunda república española*. Editora nacional. Madrid, 1965.
14. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
15. «Directivas para Marruecos firmadas por el General Mola.» Documento recogido por la colección *La Guerra Civil Española*. Ediciones Urbión. Madrid, 1980.
16. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
17. Arraras, Joaquín: *Op. cit.*
18. Quintero Espinosa, Tomás: *Op. cit.*
19. León Barreto, Luis: «Así fue el golpe militar». *La Provincia*, 18-7-86.

20. Citando a Thomas Hugh: *La Guerra Civil Española*. «La Línea de la Comintern ante La Guerra Civil Española». *Revolución*. n.º 49, 6-9-81.
21. Navarro Navarro, Domingo: *Franco y Canarias. La Covadonga Contemporánea*.
22. *Textos y Documentos de Historia Moderna y Contemporánea (siglos XVIII-XX)*. Editorial Labor. Barcelona, 1985.
23. Directiva para Marruecos del General Mola, *Op. cit.*
24. Frank L. Kluckhohn: «Muerte por la tarde y al anochecer». *New York Times Magazine*. 4-10-1936. Jackson Gabriel (ed.): *La Guerra Civil Española. Antología de los principales cronistas de guerra americanos en España*. Icaria Editorial. Barcelona, 1984.
25. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
26. *Ibidem.*
27. *Ibidem.*
28. En Carlos Fernández: «El vuelo del Dragon Rapide». *La Provincia*, 18-7-1986.
29. Raguer, Hilari: «Franco alargó deliberadamente la guerra». *Historia 16*, junio 1990.
30. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
31. Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam.
32. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
33. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
34. Archivo Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam.
35. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
36. Cabrera Acosta, Miguel Angel: «La resistencia al golpe de estado de 1936 en Tenerife.» VIII Coloquio de Historia Canario-Americana, en prensa.
37. Cabrera Acosta, Miguel Angel: *La Resistencia al Golpe de Estado de 1936 en Tenerife*.
38. Quintero Espinosa, Tomás: *Op. cit.*
39. Juan del Castillo: «El Corpus de 1936, entre un general ortodoxo y una alfombra herética. *Diario de Avisos*. 12-6-88.
40. Chaves, Andrés: *Gesta y Sacrificio del Teniente González Campos*. S/C Tenerife.
41. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
42. Chaves, Andrés: *Op. cit.*
43. Archivo Delegación del Gobierno de La Palma. Gobernador Civil a Delegado del Gobierno. 10 septiembre 1937.
44. Archivo Delegación del Gobierno de La Palma. Gobernador Civil a Delegado del Gobierno. 10 septiembre 1937.
45. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
46. *Ibidem.*
47. Cabrera Acosta, Miguel Angel: *Op. cit.*
48. Informe ya citado.
49. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
50. Informe anarcosindicalista citado.
51. *Ibidem.*
52. *Acción Social*, 28-7-36.
53. Informe citado.



54. Archivo Delegación del Gobierno de la isla de La Palma. Gobernador Civil a delegado del gobierno, 10 septiembre 1937.
55. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
56. Chaves, Andrés: *Op. cit.*
57. Padrón Melián, Domingo: *Op. cit.*
58. Padrón Melián, Juan: *Op. cit.*
59. Sumario de la Causa n.º 50 instruida contra el Gobernador Civil y veintiocho más. Quintero Espinosa, Tomás: *Op. cit.*
60. Chaves, Andrés: *Op. cit.*
61. Padrón Melián, Juan: *Op. cit.*
62. Sumario de la Causa n.º 50, instruida contra el Gobernador civil de Tenerife y veintiocho más. Recogida por Quintero Espinosa, Tomás: *La guerra Fraticida. S/C Tenerife, 1980.*
63. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*
64. Quintero Espinosa, Tomás: *Op. cit.*
65. Chaves, Andrés: *Op. cit.*
66. Quintero Espinosa, Tomás: *Op. cit.*
67. Chaves Sotomayor, Andrés: *Op. cit.*
68. Zurita Soler, Víctor: *Op. cit.*





## BIBLIOGRAFÍA

- ARRARÁS, Joaquín: Historia de la Segunda República Española. Editora Nacional. Madrid, 1965.
- BERTRÁN GUELL, Felipe: Preparación y Desarrollo del Alzamiento Nacional.
- BURNETT BOLLOTEN: El Gran Engaño. Caralt Editor. Barcelona, 1975.
- CABRERA ACOSTA, Miguel Angel: La Resistencia al Golpe de Estado de 1936 en Tenerife. Universidad de La Laguna.
- CHAVES SOTOMAYOR, Andrés: Gesta y Sacrificio del Teniente González Campos. S/C Tenerife, 1985.
- FERNÁNDEZ, Carlos: El Vuelo del Dragón Rapide. La Provincia, 18 de julio de 1986.
- JACKSON, Gabriel ED: La Guerra Civil Española. Icaria Editorial, Barcelona, 1984.
- QUINTERO ESPINOSA, Tomás: La Guerra Fraticida. S/C Tenerife, 1978.
- LEÓN BARRETO, Luis: Así fue el Golpe Militar. La Provincia, 18-7-1986.
- NAVARRO NAVARRO, Domingo: Franco y Canarias. La Covadonga contemporánea.
- PADRÓN MELIÁN, Juan: Cuando el Caudillo inició en Canarias el Glorioso Movimiento Nacional. El Correo Español, 7-12-1937.
- STANLEY G., Payne: El Ejército, La República y el estallido de la Guerra Civil.
- RAGUER, Hilari: Franco alargó deliberadamente la Guerra. Historia 16. Junio 1990.
- ZURITA SOLER, Victor: En Tenerife planeó Franco el Movimiento Nacionalista. S/C Tenerife, 1937.